

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.



PRECIOS DE SUSCRICION.	ADMINISTRACION,	PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.
Madrid, 5 rs. al mes y 12 rs. trimestre.	Limon, 1.	Por una página entera..... 300 rs.
Provincias..... 14 —	—	Por media página..... 160
Extranjero..... 20 —	Sale todos los Domingos.	Por cuarto de página..... 90
Cada número suelto cuesta dos reales.		Los demas anuncios convencionalmente.

DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA.

III.

CÚMPLENOS hoy hablar del *editor* y del *autor*. Mucho se ha de engañar quien crea que estamos prevenidos contra la clase de editores españoles. Condenar los abusos de una profesion, no es condenar la profesion misma. Buscamos el origen de nuestra decadencia tipográfica, y en la enunciacion y el desentrañamiento de las causas que la motivan pretendemos hallar su remedio. Para lograrlo nos hemos trazado una senda de justicia estricta y de absoluta imparcialidad, de la que estamos dispuestos á no separarnos, ya se trate de censurar lo mucho que á la censura se presta, ya se trate de elogiar lo poquísimo que alabaremos algun dia; pues, aunque raro, todavía tenemos algo que elogiar dentro de nuestra misma órbita editorial y tipográfica.

Bajo el aspecto filosófico y social, y hasta económico si se quiere con relacion á los autores que no pueden dedicarse á la publicacion de sus obras, el editor es una potencia; potencia propagadora de las luces y del saber; potencia que alumbra y vivifica los entendimientos, que enseña y ennoblece á los pueblos. Así los Manucio y Etienne, así los Didot y Plon, así muchos editores ilustres para quienes su profesion ha sido y es un magisterio, un sacerdocio, una religion con tan firmes basas, que bastando para sostener todas las más dignas aspiraciones, todos los derechos más legítimos, todas las especulaciones más nobles y trascendentales, son deleznales empero para sustentar exclusivamente los materiales de insólita granjería y de mezquino individualismo. Cuando las prensas de los grandes editores dan á luz un libro, bien puede asegurarse que un acontecimiento artístico y literario, de utilidad general, de interes público se ha revelado á la faz del mundo; cuando los grandes editores publican obras de gran precio, desde luégo debe creerse que, merced á su atinada direccion, á su laboriosidad, á su admirable esmero, á la rectitud de su conciencia y á la actividad de sus fuerzas en todas las esferas, el fruto de tantos afanes y desvelos ha de alcanzar á la jerarquía de monumento bibliográfico. Por eso cautivan nuestra admiracion obras

editoriales tan selectas como las alemanas, francesas, inglesas y belgas, dadas á luz con exquisito lujo y con una pulcritud que hace honor al renombre de sus editores.

Y la razon es obvia. Los grandes editores suelen ser literatos, impresores; poseen conocimientos generales del grabado, de la estampacion, de la estereotipia, de los papeles, de la aplicacion de los tipos, de las condiciones especiales para formar un libro, desde la cuartilla de original hasta la encuadernacion del volúmen; son hombres de estudio, amantes de las artes y de la industria; son, digámoslo así, enciclopedistas; y, como tales, firmes en la conciencia de su propio valer, ni desdeñan al artista, ni abaten al escritor, ni economizan miserables cantidades en la adulteracion de todo género de manufacturas. De este modo únicamente pueden prometerse el buen éxito que alcanzan sus empresas. Sin dejar de tener utilidades, son siempre dignos de la gratitud de los pueblos á quienes ilustran, y su patriotismo jamas puede ni debe considerarse satisfecho con recompensas pecuniarias. Á otras más elevadas aspiran, y rara vez dejan de ver colmados tan nobilísimos deseos. Aspiran al aprecio de los escritores, al reconocimiento del lector, al respeto de los artistas y de los industriales que á su sombra viven, al premio honorífico del Estado, á la benévola acogida que con entusiasmo se dispensa á todos sus anuncios y programas, considerándolos una franca y sincera exposicion de hechos prontos á realizarse, no los vanos alardes de un mero charlatanismo.

Mas en España, triste es decirlo! la Imprenta yace en mantillas, merced á muchas causas desconsoladoras, pero muy especialmente por la originaria de la ignorancia, de la sordidez y egoismo de muchos editores. Preguntad á los impresores por los episodios de un ajuste; preguntad á los autores por la liberalidad y por las mercedes editoriales; preguntad al artista y al industrial por la laboriosidad y entusiasmo de los que editan obras: de seguro os contestarán con la sonrisa amarga del desden hacia esos hombres privilegiados que, sin tener por lo comun dotes de ilustracion (ellos cuya mision es ilustrar), explotan con refinada codicia los afanes y esfuerzos de literatos y artistas; que se nutren con el fruto ajeno, y que, despues de crearse fortunas colosales, sólo nos ofrecen partos infelícísimos, lamentables abortos, horrendas profanaciones literarias, que no en

Marzo 25.

modo alguno obras de estudio y de conciencia. Entusiasmo, gloria, renombre merecido, ¿qué les importa á los editores adocenados si en su pecho no se anida otra pasión que la de hacer dinero, y si el renombre pueden también adquirirlo, si no legítimo, bastardo, usurpado, gracias á las lisonjas de periodistas amigos?

¿Necesitaremos decir que la mayoría de nuestros editores carecen de esa instrucción, de ese tacto literario, de ese finísimo criterio de que se hallan dotados los editores de otros países? ¿Qué obras brotan de las prensas españolas capaces de enriquecer la bibliografía patria, de dar cauce á la instrucción de las masas, de honrar y sublimar la profesion editorial? Mientras Villemessant ofrece á Víctor Hugo cien mil francos por el original de los *Trabajadores de la Mar*; y Gustavo Doré contrata con otro célebre editor, en la cuantiosa suma de millon y medio de reales, la ilustración de las obras de Shakespeare; y Plon publica la *Vida de César* de Napoleon, no sabemos si por dádiva del Emperador, pero sí que, aún cuando no lo fuera, no dejaria de publicarse, costara lo que costase su adquisición, por editores franceses; mientras en París, Lóndres, Bruselas, Viena, Berlín, Leipzig, Dresde, Francfort, y aún Lisboa, y aún Italia, en donde hay diez y siete millones de habitantes que no saben leer, la Editoría, convertida en institución civilizadora, da vida y alma á las grandes concepciones literarias de los primeros ingenios de la tierra, clásicos, pretéritos y contemporáneos, con la noble mira de agrandar el horizonte del saber y llevar la ilustración á las clases ignorantes; mientras los grandes editores de toda Europa levantan en cada una de sus publicaciones soberbio monumento á la literatura y á las artes, veamos lo que en España se hace.

Hay dos extremos igualmente viciosos, igualmente censurables, igualmente merecedores de la reprobación más completa. Algo, muy poco, entra en el término medio, en ese justo medio tan apreciable y digno de consideración, y que por hoy omitimos para tratarlo más detenidamente. Esos dos extremos son: ó publicar muy caro, asombrosa, inconcebiblemente caro y muy mediano, ó publicar á precios módicos al parecer, pero muy crecidos en realidad atendida la ínfima clase de todos los materiales empleados en esas ediciones económicas, como con todo despacio lo probaremos matemáticamente, es decir, apoyados en la palanca incontrastable del guarismo, por más que algunos crean, en su soberbia ó poca cautela, que nos metemos en vedado. ¿Como si estuviese vedado á un periódico destinado á defender el lustre de la Imprenta y el ensanche de la instrucción pública y barata, el ocuparse de las causas que retrasan ésta y tienen á la primera sojuzgada! Y ¿como si tratándose de obras que inundando los Palacios, los Ministerios, las Academias, Bibliotecas, Universidades, Ayuntamientos, Embajadas, y dando tremendo asalto al Presupuesto del Estado, sin cumplirse las condiciones del Prospecto, no tuviera todo español, y todo español contribuyente, el derecho de pedir al Gobierno y á las Córtes la revisión de ciertas cuentas, con sólo fijarse en el apotegma jurídico de que «la condición no cumplida por una de las partes invalida *ipso facto* el contrato!» Y ¿quién negará que, aunque innominado, contrato existe entre el editor que *promete* y el suscriptor que *fi* en la promesa?

De las obras caras no podemos ocuparnos hoy. Más detenido exámen merecen, como que altas cuestiones de moralidad se ligan con ellas, y no pueden tratarse de pasada. Vamos pues á ocuparnos de las obras de *surtido*, baratas al parecer y malas en realidad.

Hace tiempo que la Editoría española, aprovechándose de la asombrosa fecundidad de dos novelistas á lo Dumas, parece como avergonzada de aquel pasado de indispensables traducciones de la literatura traspirinaica con que la Península fué inundada sin compasión ni misericordia. Entre la nube de extranjeras producciones, insulsas ó perjudiciales las más, con que nuestros editores estragaron el gusto literario é inflamaron fogosas imaginaciones, húbolas no obstante de provechosísima enseñanza, como el *Pablo y Virginia* de Saint-Pierre, *Los Prometidos Esposos* de Manzoni, el *Devereux* de Bulwer, la *Genoveva* de Lamartine, los *Natchez* de Chateaubriand, la *Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo, *La Piel de Zapa* de Balzac, el *Iwanhoe* de Walter Scott, y otras notabilísimas novelas tan morales y filosóficas como éstas, y tan magistralmente escritas, con tan profundo conocimiento del corazón humano, que dirigían al lector y le deleitaban aún con los trágicos episodios y el estilo fuerte de los autores del *Ham de Islandia* y de *El último día de Pompeya*. Prescindiendo de la literatura extranjera, que ya no figura sino en el folletín de diarios políticos, hánse echado nuestros editores populares en brazos de la Novela nacional, sustentada casi exclusivamente por los hercúleos hombros de dos escritores, no siempre didácticos ni lógicos en estilo y traza. Rutinarios por excelencia los españoles, y llevando la imitación hasta la puerilidad, hasta el absurdo, hasta la monomanía, mientras en cuatro años han salido á luz de nuestras prensas innumerables ediciones del *Quijote*, alguna que otra mediana, muchas malas y otras peores, nadie ha pensado ni piensa en *El Lazarillo de Tormes*, en el *Guzmán de Alfarache*, en las *Novelas* de Cervantes, en el *Estebanillo Gonzalez*, en *La Picara Justina* ni en el *Gil Blas de Santillana*, nuestro y no de Lessage, y que, aún cuando nó como el *Quijote*, mucho valen sin embargo para apreciar nuestra clásica literatura; como nadie tampoco piensa en resucitar las excelentes y agotadas novelas de Flores, Escosura y Hurtado. De este modo marchamos por nuevo itinerario, viniendo á parar á la novela contemporánea novísima española, sustentada casi exclusivamente, decimos, por Escrich y Fernandez y Gonzalez.

Ahora bien: si la Novela, como no sea clásica, esto es, elaborada por genios á lo Cervantes, Fenelon, Walter Scott, Bernardino de Saint Pierre, Manzoni y Víctor Hugo, no representa el libro puro, genuino, verdadero, el libro propiamente dicho, ménos alcanzará este honor la novela fugaz y deleznable, basada en pueriles asuntos y en observaciones superficialísimas; la novela al día, la novela de última moda, la novela escrita al vapor. El libro es el pensamiento diluido y depurado en el crisol del estudio, de la meditación y de las investigaciones científicas; el libro es la Religión, la Historia, la Filosofía, la Crítica, la exposicion racional de los hechos, la comparación y análisis de sus incidencias, la apreciación concienzuda y lógica de causas y efectos. El libro es la exploración trabajosa y fecunda de todas las encrucijadas del saber, de todas las profundidades de la razón, de todos los piélagos del sentimiento: el libro es el que duerme sueño vergonzoso en el pupitre de autores de talento que no hallan editor que lo publique, porque el vulgo no sabe apreciarlo ni comprenderlo, desvirtuado su juicio por los que, teniendo la misión de ilustrarle, creen preferible *hablarle en necio para darle gusto*, y dárselo á sí mismos, pues que de este modo redondean bonitísimos negocios. El libro es el *Pónos*, extraordinario y portentoso arranque de una inteligencia superior destinada á gozar los aplausos de la poste-

ridad, pero olvidada por los coetáneos;—olvidada nó; menospreciada, escarnecida, que no otra cosa es el no leerse en España, ni casi tenerse noticias de él, mientras los diarios extranjeros se aprovechan á mansalva de ese preciado tesoro de nuestra literatura, insertando cuanto les place sin citar su procedencia; y mientras el ministro del Interior del vecino Imperio, apreciando las observaciones del olvidado autor sobre las causas originarias del terrible azote nacido á orillas del Ganges, y tomando al pié de la letra sus atinados consejos para librar al mundo de la epidemia infanda, propone la conferencia sanitaria internacional de Constantinopla, aunque guardándose asimismo de descubrir la procedencia de sus observaciones;—el libro es la *Cronología* de Peon, malogrado publicista que en edad temprana acaba de bajar á la tumba, consumido por esa cruel enfermedad que aniquila el cuerpo mientras aviva el espíritu de los hombres pensadores; el libro es *Las Hadas* de Guzman, primorosa oriental leyenda apenas conocida en España, pero traducida con éxito en el Extranjero y agotadas ya dos ediciones en Berlin; el libro es las *Inspiraciones* de Aguilera, los *Cantares* de Trueba y de Palau, las *Fábulas* de Hartzenbusch y de Príncipe, la *Higiene* de Monlau, la *Bibliografía* de Hidalgo, la *Biblioteca* de Zarco y Rayon, y tantos otros de aventajados escritores, de laboriosísimos literatos condenados á no ver sino una edición de quinientos ejemplares de sus obras, que rara vez logran venderse todos, aun cuando todos se lean. Éste es el libro; esto es pues lo que en España no se lee, lo que no gusta; lo que, al decir de los editores, *no tiene salida*. Luego en España no existe el libro; su puesto ha sido usurpado por la lucubración novelesca hoy en boga.

Y ¡ved aquí cómo la novela se escribe! El editor, por regla general, concibe los títulos y hasta enmienda el argumento. Nada de concisión, nada de templanza ni de moderado raciocinio al anunciar nuevas obras. Es preciso deslumbrar con títulos rimbombantes, *llamativos*, como alguno dice; con alegorías de brocha gorda, con dislates gongorinos. Es preciso bautizar á las novelas con nombres trágicos, terribles, inverosímiles, que seduzcan al pueblo, que acaloren las imaginaciones vulgares.

Quién ha de comprar un libro que se llama *Pónos*? Los que, apreciadores del griego, vean en esta palabra un anuncio enérgico y fecundo. Quién la *Cronología*? Los que aprecien la sucesión del tiempo y de las generaciones; los que busquen el enlace, la concatenación de históricos sucesos entre el pasado fenecido y el palpitador presente. Y quién *Las Hadas*? Los que sepan que Oriente es la cuna del mundo, que de allí nos vinieron ciencias, artes, civilización, usos y costumbres. ¿Y un libro que se llama *Higiene*? Los que sepan que la conservación del cuerpo aleja el vicio, purifica los sentidos y ennoblece el alma. Y, por el contrario, ¿quién comprará un libro que se titula *Candelas ó los Bandidos de Madrid*? Los que, impresionados por los recuerdos del héroe, y no creyendo cometer falta alguna en admirarle, sean lo bastante curiosos para seguirle en las sombras de la noche y en las sinuosidades de su conciencia; lo bastante fuertes para no estremecerse al chirrido de los goznes de puertas que á deshora se abren; lo bastante duros para no conmoverse ante las congojas de la dama sorprendida en su retiro; lo bastante entusiastas, en fin, para sofocar la compasión bajo los aplausos que merece el sorprendente éxito. ¿Y *La Mujer Adúltera*? Los que esperen episodios de lúbricos furores y de torpísimas liviandades; los que, sin hacer justicia á la moralidad del

autor, crean va á levantarse ante ellos la cortina infame del más hediondo adulterio, la pira del honor conyugal, la relajación de los más sagrados vínculos. La adquisición de los primeros libros la aconseja la razón; la de los segundos es hija de la pasión, de la sensualidad y de las más fuertes emociones. Si se desea ahora la estadística comparativa, que hablen por nosotros las prensas españolas; que hable la tercera edición de *Candelas*, ascendente ya á miles de ejemplares; que hable *La Mujer Adúltera*, reimpresa ó próxima á reimprimirse, por no haberles quedado á sus afortunados editores ni un solo ejemplar de la edición primera. Que hablen también los autores de los buenos libros, y nos digan en confianza si han cubierto con el producto de sus ejemplares en venta los gastos de sus exiguas ediciones.

Cuán tristes consideraciones arranca este cotejo! ¡Cuán melancólicos, cuán desconsoladores son los comentarios á que se presta! Y ¡cómo no, si por un lado está la ruina de la instrucción pública, por otro la de la literatura, por otro la de la Imprenta, como institución libre y como arte nobilísimo y como industria casi universal!

La Mujer Adúltera de Escrich siempre hará más fortuna que *La Perfecta Casada* de Fray Luis de Leon; las *Aventuras de Telémaco* ¿qué son al lado de las *Aventuras de un Cochero* y *Memorias de un Lacayo*? ¿Qué vale la *Galería de la Literatura* de Ferrer del Rio, si con la *Galería Taurómaca* de Bedoya la comparamos? La *Historia de las Órdenes de Caballería, Cruces y demas Condecoraciones españolas*, libro de aleluyas churriguerescas, sin piés ni cabeza, sin principio ni fin, sin orden cronológico ni plan editorial; sin otro mérito que el de su excesiva carestía y alguna que otra firma ilustre (según estamos dispuestos á probarlo), ha eclipsado con su relumbrón aparatoso la *Enciclopedia de Ornamentación* de Pajares, sargento humilde de Ingenieros, y honra y gala de ese Cuerpo y de todo el Ejército español. ¡¡¡*Riego!!!* con admiraciones y en gordísimas letras, ¿no ha de hacer más prosélitos que *Riego* lisa y llanamente escrito, por más que así recuerde á un mártir ilustre, y de otro modo aparezca como conjugación del verbo *regar*? ¿Cómo no excitar la curiosidad novelas cuyos títulos son *La Maldición de Dios, El Hijo del Crimen, Venganza y Desesperación*, y todo ese extenso catálogo de espeluznantes, de tremebundos títulos con que se despierta la romántica imaginación de las clases populares y se atiza un falso incentivo en las cabezas flacas? Una obra titulada *¡Malditas sean las mujeres!* no hay duda que debe encerrar tiernos y sublimes afectos. Y qué decir de *Candelas*? Un ladrón joven, hermoso, valiente, de tan generoso corazón y *dulcísimos* sentimientos, que roba al rico para socorrer á los pobres, ¿quién ha de ser sino el legislador sapiente, el juez omniscio, la gran figura histórica que entre los brazos del verdugo y desde la altura del cadalso administra la justicia conmutativa á la humanidad *desgobernada*?

Y ¿qué diremos de esa turbamulta de periodiquillos, flores de un día, pero flores silvestres, inodoras; esos periódicos *satíricos*, estrafularios y detentadores del buen sentido y de todas las reglas literarias, que aparecen para decir cuatro desvergüenzas ó cuatro tonterías, desapareciendo luego cual figuras de linterna mágica? ¿Qué esperar de esas hojas que se titulan *La Filfa, La Mentira, El Bulle-bulle*? ¿Y de toda esa abigarrada caterva insecticida que, usurpando títulos á la nomenclatura de Buffon y de Cuvier, brota de la crisálida en días de combustión, para volver á sus larvas al primer enfriamiento atmosférico?

Si de encauzar se trata el gusto del público en la prensa, la misión de esas hojas es inútil: ya lo consiguen respectivamente, *La Correspondencia* triunfando sobre todos los diarios políticos; *El Cascabel* sobre todos los periódicos literarios; el *Boletín de Loterías y Toros* sobre todas las revistas de ciencias, de artes y de instrucción pública.

Al pueblo, poco ilustrado, con nociones superficiales y excelente predisposición para aprender, se le dan lecturas indigestas, obras licenciosas, asuntos de comedia que le deleitan y encantan, pero ay! que también estragan su inteligencia, y quizás algún día estraguen su corazón. Esos títulos enfáticos, terribles, patibularios, que respiran sangre y horrores, truenos y rayos, maldiciones y sacrilegios; esos negros títulos que diariamente prestan nombre á obras inverosímiles, cuando no obscenas y repugnantes; esos mismos títulos siniestros pueden ser objeto de divagaciones perjudicialísimas. Penetrar en lo desconocido, inquirir lo oculto, investigar arcanos, ¿qué cosa más peligrosa para quien poco sabe, para quien no tiene formado su juicio, para quien necesita que se le imponga hasta su voluntad de pensar? Recordamos que por los años de 1850 publicábase en esta Corte una *Revista* de Instrucción primaria, destinada á los niños; en uno de cuyos artículos se hablaba, tratándose del elefante, de lo pudorosos de estos paquidermos, que, esquivando curiosas miradas, sólo se toman en sitios reservados. Y un profesor ilustrado, Don Antonio Valcárcel, decia en otro periódico estas ó parecidas palabras: ¿Cuál no será el apuro de un padre, amante y cariñoso como todos los padres, y deseoso de inculcar en sus hijos el amor á la verdad y el odio á la impostura, al verse precisado á engañarles cuando éstos le pregunten con el candor de su ignorancia: ¿qué es tomarse los elefantes?—Pues lo mismo decimos ahora: ¿qué contestarán la madre cariñosa, el padre amante, cuando el pequeñuelo criado en el recogimiento del hogar doméstico, y la tierna y casta joven nacida para el ejercicio de todas las virtudes, les pregunten: ¿qué es adúltera?

Pues digamos ahora algo de ese sistema de publicación conocido por el del bombo y platillo.

Todos los prospectos anuncian que aquella obra es la mejor (nos acordamos involuntariamente de los dos sonetos presentados á Quevedo) del *fecundo* y *profundo* excelentísimo autor. Todas las ediciones son de *gran lujo* tipográfico (qué sarcasmo llamar lujo á la miseria!); y todas ellas exigen *grandes* sacrificios de parte de sus activos, infatigables y desprendidos editores.

Y ¿qué diremos de las entregas en que se cuenta por columnas en vez de páginas, para que abulten más; y en las que se anuncian á *dos cuartos* ponderando su *fabulosa* baratura, cuando sólo tienen ocho páginas en vez de diez y seis? Pues sin embargo, el negocio se hace; porque hay gentes, en particular entre las clases humildes, que, acostumbradas al pormenor, saben lo que cuesta el cuarteron, y no quieren saber lo que la libra cuesta. ¿Cuántos se suscriben á las entregas de dos cuartos y ocho páginas, no haciéndolo á las de cuatro y diez y seis! Y esto qué se llama? Harto hacemos con omitirlo, y omitir asimismo los nombres de esos editores. Pues bien: éstos son negocios pingües; más pingües, como llegará la ocasión de demostrarlo, que los de los grandes editores extranjeros que imprimen *Los Miserables* dando un millon de reales al autor, y que contratan en millon y medio, con el primer dibujante de Europa, la ilustración de las obras del primer lírico inglés.

Otro abuso, que nunca censuraremos demasiado, es esa libertad que el editor se arroga de acortar ó prolongar sus obras según su mayor ó menor aceptación, colgando segunda parte á casi todas las novelas de suscripción numerosa, y olvidando que segundas partes nunca fueron buenas, al decir de Cervantes. Mas ¿qué importa la calidad del género al lado de la cantidad que rinde?

Un solo ejemplo de prolongación de obras, en obsequio á la brevedad. Se publica *Los Desheredados*; háse agotado el argumento; queda la fábula ampliamente desenvuelta en su muy regular dosis de entregas. Miles de suscriptores, es decir, un ejército de suscriptores, van á recibir la última entrega, esto es, su licencia absoluta. Pero las filiaciones se hallan extendidas, corrientes los libros, exactos los registros. ¿Cómo licenciar esa masa de adictos veteranos sin saber lo que vendrá después? Aquí de la estrategia, aquí del ingenio mercantil. La prolongación de la campaña detiene al soldado; la prolongación de una obra editorial detendrá al suscriptor; y hé aquí, sobre los despojos, sobre los frios restos de una novela ya finalizada, sombras aéreas, vagarosas, fugitivas, revoloteando sin cesar. Se está operando un fenómeno: hay una segunda parte incubada, agitándose en su embrion. Ya se muestra, ya aparece, ya salió del fetichismo para entrar en su período vital. ¿Su nombre? *Los Hijos Perdidos*. Pobrecitos! ¿Quién se los encontrará? Fernandez y Gonzalez, nuestro Alejandro Dumas. Á su exuberante, á su volcánica facundia, ¿qué más le importan los hijos perdidos que los hijos hallados, que todo otro asunto que se le encomiende? Y seamos justos: su lectura será tan amena y recreativa como si de otra nueva producción se tratase: pero ésta quizás no tendría tan buena suerte como la ya habida, y por lo tanto es preciso amalgamar, refundir, insertar una en otra planta; ó lo que es lo mismo, cargar al suscriptor con *dos* obras, quíeralas ó nó, cuando él no se suscribió sino á *una*. Pero esta conducta editorial, más grave de lo que se cree, capítulo aparte merece.

TOMAS REY.

BIBLIOGRAFÍA.

El siguiente brillantísimo artículo es debido á la elegante pluma del Sr. Don José Godoy Alcántara. No es inédito: há tiempo vió la luz en un periódico político; pero relegado éste al olvido, ó condenado á desaparecer después de leerse, hemos creído deber conservar aquél insertándolo al frente de esta sección. Con la venia del autor lo hacemos, quien nos ha honrado ofreciéndonos su colaboración para lo sucesivo.

Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. S. Rayon.—Obra premiada por la Biblioteca Nacional, é impresa á expensas del Gobierno.—Tomo I.—Madrid, Rivadeneyra, 1863.

No es el período de nuestra historia literaria ménos fecundo en tipos originales el que abraza la mitad del presente siglo; y entre ellos ha de ser sin duda objeto de estudio para la curiosa posteridad Don Bartolomé Gallardo, escritor cáustico sin aticismo; de renombre en un tiempo desproporcionado á su valer; ardoroso y violento en las luchas políticas; celoso de las tradiciones patrias al punto de imponer nombres castizos, desterrando los exóticos que llevaban sociedades revolu-

cionarias que venian cabalmente á destruirlas; petrificación del más exagerado filosofismo frances del siglo XVIII; hombre, en fin, á quien si se le hubiera preguntado por qué no mentaba á Dios en sus escritos, habria respondido, como Laplace, que porque no necesitaba de esa hipótesis.

Tal hombre, fanático demoleedor de cuanto constituía la manera de ser de la vieja España, hizo preferente ocupacion de toda su vida el reunir y catalogar antiguos escritos españoles; no contentándose con copiar los epígrafes y títulos de las obras, como si tratara de dejarlos por epitafio de la sociedad que su generacion enterraba, sino extractando extensamente y conservando lo que juzgaba interesante, sin temor de incurrir en el delito que los bibliófilos ingleses atribuian á su cofrade en aficion el arcediano Meadow; pues que delito es en un bibliófilo, segun el humorista Didin, autor del *Book Madness* y bibliófilo tambien, el leer los libros. Fortuna nunca bien ponderada fué que tales apuntes cayeran en las manos de los Sres. Zarco y Rayon, jóvenes que el amor de las letras ha llevado al amor de los libros: uno y otro han hecho sus pruebas de tener bien puesta la aficion bibliográfica; no son avaros de su ciencia, ni de elogios y plácemes para los que vienen en su auxilio trayendo alguna piedra al edificio, del que, vistos los aumentos y mejoras que ha recibido, puede decirse que Gallardo no hizo más que echar el cimiento.

Los libros de caballerías—á todo señor todo honor—de que nos da noticia el *Ensayo* constituyen la bibliografía más completa que hasta ahora poseemos de este género de literatura. Sabido es con qué avidez se buscan los raros ejemplares más ó menos manchados, desgarrados ó corroidos de esos engendros literarios, para custodiarlos como peregrinas joyas en las bibliotecas artísticamente esculpidas que ornan algunos salones aristocráticos. Los continuadores de Gallardo han logrado tener á su disposicion la llave de esos tesoros, y han podido informarnos de cómo es la portada de la primera edicion de la *Historia del Rey Canamor*, y revelarnos la existencia de personajes como Don Claribalte, Don Cristalian de España, Don Leoneo de Hungría, Don Lidamor, Don Lucidante de Tracia, Don Philesbian de Candaria, Don Reimundo de Grecia, y otros tan desconocidos y de que tal vez hay ejemplar único, y que se hallarian sin duda entre aquella turbamulta que, cansado de examinar el Cura, mandó que á carga cerrada fuesen á la hoguera.

Podrá darse idea de hasta qué punto han llevado la investigacion, con decir que se citan siete ediciones del *Don Belianis de Grecia*; otras tantas de la *Linda Magalona*; once del *Caballero de la Cruz*; igual número del *Reinaldos de Montalban*; quince del *Partinobles*; veintinueve del *Palmerin de Inglaterra*, y sesenta del prolífico *Amadis de Gaula* y su descendencia.

Dase la mano con los libros de caballerías la *Crónica del Cid*: ocho ediciones hechas en el siglo XVI nos describe el *Ensayo*; y aunque de ellas no se conservaran sino las portadas, bastarian á enseñarnos lo que era aquel héroe en la imaginacion popular. *Crónica del famoso Caballero* se titula en unas; *del buen Caballero* en otras; *del muy esforzado é invencible Caballero* en las más; *del muy valeroso y bienaventurado Caballero* en algunas. Si el pueblo castellano no hubiera tenido á Santiago, el Cid se le habria aparecido en las batallas de la Reconquista: no necesitándole santo, le hizo el primero y el más verdadero de los caballeros andantes: los impresores intercalan en su historia renglones de libros de ca-

ballerías, y la ilustran con las mismas estampas y viñetas que servian para éstos.

Curiosidades de diverso género esmaltan á cada paso la *Bibliografía* de que vamos dando breve idea: unas, inapreciables para la historia de las creencias populares; otras que retratan el vivo ardor catequista sobre la raza musulmana, y que preludian los decretos de conversion forzoza; papeles sueltos reproduciendo cartas recibidas por algun veinticuatro, oidor ó canónigo, en que se cuentan naufragios, tempestades, epidemias, tumultos, lástimas, milagros, casos de endemoniados, fiestas celebradas con motivo de bodas, natalicios, exequias, entradas y recibimientos de personajes, canonizaciones de santos, academias y justas literarias. La historia parece que se anima y cobra vida en estos papeles y relaciones. No hay, por ejemplo, historia que pinte el efecto que produjo en España la noticia de la reaccion católica en la corte de Inglaterra, cuando el casamiento de Felipe II con la reina María, como las relaciones populares del suceso y de las fiestas á que dió lugar.

El público sabe el acontecimiento por una carta que ha recibido la condesa de Olivares.—*Traslado de una carta que fué embiada del reino de Inglaterra á la muy ilustre señora condesa de Olivares, en que se da relacion cómo aquel reyno se ha reformado en la fé cathólica, y dado la obediencia al Sumo Pontífice. Y las ceremonias con que esto se hizo, estando presente á todo el principe nuestro señor; y las fiestas que para regozijar esto se hicieron.*—El pueblo español olvida en un momento todos los agravios del inglés, incluso el largo martirio de la infanta Catalina; no páramientes en los desafueros de que son víctimas los españoles que acompañaban al Príncipe, ni en el desaire que el Parlamento impone á éste no permitiéndole que se corone: el hijo pródigo volvía á la casa paterna, y la católica España debía matar su mejor recental. Nuestras ciudades se visten de fiesta; y las que celebró Toledo, más obligada que las demas á extremarse en el regocijo, como metrópoli religiosa de la Monarquía, duraron veinticuatro dias sin interrupcion: «que en veinticuatro dias que las dichas alegrías duraron, dice el cronista que extracta Gallardo, nunca otra cosa hicieron sino salir cada dia, así de noche como de dia, máscaras de ciento en ciento, y nunca dejar de haber sortijas y toros por las calles.»

Ofreciendo la curiosidad pública seguro mercado á esta clase de papeles, nunca faltaban impresores que explotaran tal granjería. Ordinariamente dan noticia de un solo suceso; pero no es raro el agrupar varios en un mismo papel, como por ejemplo: *Relacion de la descripcion del suntuoso Tímulo, Hieroglíficos y figuras que se hizo para las honras de Su Magestad (que esté en gloria) en el Real Conuento de San Gerónimo de Madrid.*—*Feliz y último fin de las guerras de Alemania, y famosos hechos del Marqués Espinola, del Conde de Bucoy, del Conde Dramboldio de Colalto y del Conde Eurico de Bergh, en el mes pasado.* *Cayda de los hereges de Prucia, Rochela, Mompeller y Grisonos.* *Y caso notable sucedido en Marsella con dos naues de Holanda.*—*Diligencia que haze el Conde Palatino con el Marqués Espinola y Principes de Alemania, para alcanzar la gracia del Emperador (escudo de armas Reales) con licencia lo imprimió en Sevilla Juan Serrano de Vargas y Vreña, enfrente del correo mayor, año de 1621.*—Hé aquí el periódico en estado de crisálida. Otras veces son folletos que abrazan todos los sucesos ocurridos en un período dado.—*Relacion de todo lo sucedido en España, Flandes, Alemania, Italia y Francia, y otras partes del mundo, desde Abril del año 1633 hasta Abril de 34.*—Diríase que

apunta la revista moderna, de invención inglesa, transacción entre el libro que se va y la hoja diaria que de todo se apodera.

Largo fué señalar todos los libros raros entre los raros que contiene el *Ensayo*: citaremos, sin embargo, un *Flos Sanctorum* de que no ha sido posible determinar el lugar y año de impresión por estar el tomo faltó al fin; pero que, por lo tosca é imperfectamente impreso, parece ser uno de los primeros ensayos de la Tipografía española que se hicieron en los monasterios. La rudeza de la leyenda corre en él parejas con la de la estampa, yendo aún más allá de lo más extremado que recogieron en su inmenso arsenal los Bollandos. *El Baladro del Sabio Merlin*, impreso en Burgos en 1498, libro desconocido á los autores de los recientemente publicados sobre este fantástico personaje. Muchos lectores del *Ensayo* tendrán noticia por primera vez de las novelas: *Historia admirable del príncipe Filiberto de España* (el único ejemplar que se conoce se halla en la Biblioteca de Viena).—*La Istorio d'l noble cavallero Paris e d'la muy hermosa donzella Viana* (Burgos, 1523).—*Las Habidas* de Hieronimo Arbolanche, poeta tudelano (Zaragoza, 1566).—*Firmeza en los imposibles y Fineza en los desprecios*, de Don Baltasar Altamirano y Portocarrero (Zaragoza, 1646).—*Roselauro y Francelisa* (ms. del siglo xvii).

Cuatro ediciones de Bocaccio en español, hechas ántes de promediar el siglo xvi, dan idea de la popularidad de este escritor en el país que multiplicaba las de la *Celestina*. No contentándose Gallardo, como dejamos indicado, con transcribir las portadas, copia fragmentos notables: de los manuscritos del Padre Alcázar, singularmente de uno sobre el Teatro, curioso por declararse en él un autor de cogulla decidido campeón de aquel espectáculo, combatido por los de su ropa, y al que, si osaba abordar alguno, era disfrazándose con pseudónimo; del rarísimo libro de Fray Francisco de Ávila, *La Vida y la Muerte*, en el que, como en universal danza macabra, desfilan revueltos todos los nombres históricos y todos los linajes de España; de una biblioteca de escritores asturianos, y de otra de jesuitas españoles; de una *Genealogía, origen y noticia de los comediantes de España*, ms. de principios del siglo xviii, tan precioso para la historia de las costumbres como del histrionismo; de una farsa titulada *Tragicomedia alegórica d'El Paraíso y d'El Infierno* (Burgos, 1539), flagelación ingeniosa de los vicios, en que se descubren sombras y léjos de la *Mandrágora* de Machiavelo.

Han visto la luz en el *Ensayo* por vez primera: la *Historia del Conde Fernan-Gonzalez*, monumento de los orígenes de nuestra lengua y poesía, y de gran valer para el estudio de nuestra Edad Media; y el auto de Navidad, de los de la infancia de nuestro Teatro, titulado *Obra del Pecador*, por Bartolomé Aparicio, drama á lo divino, tratado con el candor de una composición de perifrasis. También debemos al *Ensayo* el tener reimpresas las *Coplas glosadas de Mingo Revulgo*, con tres coplas más que las publicadas por Sancha con la *Crónica de Enrique IV*; la *Farsa d'El Sordo*, y parte de las comedias llamadas *Tebaida y Serafina* (Sevilla, 1546).

Planta espontánea en nuestro suelo la poesía, los pasados siglos nos han dejado un fondo inagotable de este ramo de la literatura: los Sres. Zarco y Rayon han salvado del olvido muchas composiciones inéditas de Baltasar Alcázar y de Arguijo, y abierto de par en par las puertas del Parnaso, y dado en él posesión de asiento á vates tan poco conocidos como el marqués de Alenquer, Alvarez Gato, Diego de Sevilla, Mosen Juan de Villalpando, Pere Torrella, Diego del Castillo, Fernandez de

Heredia, Alvar Gomez, traductor del *Triunfo de Amor* de Petrarca; Tejada, y otros que han vivido oscuramente en los *Cancioneros* ó en las colecciones que, con los nombres de *Flores de vária poesía*, *Pastora de Manzanares*, *Poética Silva*, *Tonos castellanos*, se imprimían para pasatiempo de desocupados.

Pone dignísimo remate al tomo primero del *Ensayo* el Sr. Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe con un apéndice en que da noticia de un códice de la Biblioteca Colombina, con varios rasgos inéditos de Cetina, Cervantes y Quevedo, y en el que también incluye un trabajo, resultado de sus investigaciones para ilustrar el *Quijote*. Ciertamente ningún nombre con autoridad igual pudiera asignar la paternidad á esos hijos anónimos de determinada época que yacen en las inclusas de nuestras bibliotecas. Sabido es que hace años tomó el Sr. Guerra sobre sus hombros, hercúleos para soportar cargas literarias, la tarea de comentar á Quevedo, el más llevado y traído de nuestros personajes literarios, de quien el pueblo ha hecho su ideal de chiste y de maligno gracejo, y cuyo nombre sirve de pasaporte á los conceptos más desnudos y atrevidos.

Si el Sr. Guerra hubiera sido el primer biógrafo del señor de la Torre de Juan Abad, no se habría encontrado con las tres cuartas partes de las dificultades con que ha tenido que luchar: conociendo desde luego que el Quevedo vulgar, el Quevedo legendario, no es el que fué secretario del virey de Nápoles y conspirador contra Venecia, emprendió la obra de rehacer el verdadero *Quevedo*. Para ello resolvió irse á vivir á los siglos xvi y xvii; conversó con dueñas y pajes; penetró en lo más interior de los claustros; aplicó el oído á la cerradura de la cámara del privado; se apoderó de correspondencias particulares y diplomáticas; sorprendió confidencias, y no se desdeñó de visitar las cárceles y galeras. De esta excursión volvió con un *Quevedo* ménos popular y simpático, al que, si bien presenta sobre pedestal, es pedestal á la manera de caballete de escultor, donde le vuelve y revuelve para que la luz le bañe por todos lados.

El Sr. Guerra, pues, ha podido comentar el *Quijote* como un contemporáneo. No discute si se dirigía á corregir extravíos literarios, como el *Gerundio* de Isla ó *El Café* de Moratin, ni si la literatura caballeresca, ya en evidente decadencia, necesitaba para morir tan tremenda lanzada. Ve en el *Ingenioso hidalgo* una sátira política, en que un alma noble, indignada á la vista de aquellos establos de Augias que se denominaban corte de las Españas, flagela bajo alusiones transparentes á privados ineptos y codiciosos, aduladores entrometidos, ministros concusionarios, funcionarios rapaces, magistrados prevaricadores. El Sr. Guerra toma al lector de la mano y le pasea por los antros de aquella corte, compendio y resumen de la Nación española; el Rey y la Reina pierden sumas inmensas jugando con sus cortesanos y camareras; el Juvenal conde de Villamediana no era más que un «mozo sacudido, tahur, poeta y maldiciente»; de un escribano travieso ó de un mozo de una tienda de paños se improvisaba un ministro de Hacienda ó un confesor del Rey; los excesos de estos advenedizos á la oriental castigábanse también á la oriental: un día, al concluir un banquete oficial, se les prendía, se les despojaba del fruto de sus rapiñas y se les arrojaba á morir miserablemente en la cárcel, si no en el cadalso.

Contra él se creyó había buscado asilo el duque de Lerma en la púrpura romana, creencia que descendió hasta el ínfimo vulgo, que la fijó en un dicho agudo y

cruel. Cervantes, lacerado, humillado en su oscuridad y pobreza, se preguntaba si el pobre podía ser honrado; y, pesando como una losa sobre su altivo corazón los auxilios de sus favorecedores, exclamaba: «Las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el Cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo Cielo!» Así, desilusionado, pero no postrado, escribía como le ha representado Doré, contemplando el mundo con semblante melancólico al traves de la máscara sarcástica de la comedia antigua.

El Sr. Guerra ve en los ejércitos carneriles las «muchedumbres de dóciles súbditos de Felipe III, despotizadas y regidas por hombres que estaban muy lejos de merecer gobernarlas;» aquellas muchedumbres resignadas y sumisas que Quevedo insultaba cuando, participando de los favores del privado, era hiperbólico encomiador de sus actos como no ha habido en los tiempos modernos periodista ministerial, diciéndoles si murmuraban del mal gobierno que el Rey «era piadoso, no lo puedes negar, pues no te ahorca» (*El Chiton de las Tarabillas*). El novísimo comentador de Cervantes discurre ingeniosísimamente sobre los personajes que los capitaneaban, el origen de la burla con que terminó el gobierno de Sancho, el de la del Clavileño, el encuentro con la tropa de Roque Guinot, la libertad de los galeotes, la acometida al retablo de maese Pedro, la aventura del rebuzno; quién era el primo acompañante á la cueva de Montesinos, quién Camacho; y, por último, rectifica con datos irrecusables la geografía del *Quijote*.

Cervantes lleva tras de sí á Aliaga, como el triunfador romano el esclavo que le injuriaba. El Sr. Guerra, que ya habia hecho largo conocimiento en el *Quevedo* con este personaje, Rabelais sin inventiva ni estilo, vuelve ahora á encontrarse cara á cara con él. Nosotros no somos tan severos con el padre confesor: era el hombre de aquella corte y de aquella época, como el cardenal Dubois lo fué de la suya; su influencia por razon del cargo nadie negará que es natural y lógica en toda Monarquía pura de derecho divino: túvola lo mismo el confesor de Luis XIV: su figura no desdice en el tono que habia tomado la sociedad española; pieza que se incrustaba sin violencia en aquel mosaico de cortesanos mañosos y corrompidos que durante toda aquella centuria gobernó la Monarquía española con los nombres de Lerma, Siete Iglesias, Olivares y Valenzuela.

Desde que el doctor Gonzalez, archivero de Simancas, sospechó que el *Quijote* se habia engendrado en la cárcel de Sevilla, sospecha que recientes investigaciones han confirmado, aquella prision, que ha dado argumentos al Teatro y á la Novela desde Cervantes á García de Villalta, ha atraído más particularmente la atencion de los curiosos. Tal circunstancia bastaria para dar interes á la *Relacion de la Cárcel de Sevilla*, el más precioso de los opúsculos contenidos en el Códice Colombino, obra del abogado sevillano Cristóbal de Chaves, que se cree completó Cervantes, si además no se lo diera muy subido el presentarnos un lado poco conocido de nuestra antigua Administracion, cual es el régimen interior de las prisiones. Siendo Sevilla la ciudad más populosa, rica y mercantil de España, y que con más alicientes brindaba á la gente criminal, aventurera y maleante (*confusion* la llama Berganza departiendo con Cipion, *amparo de pobres y refugio de desechados*), su cárcel debia de ser la cloaca máxima de la sociedad española.

Lo más repugnante y nauseabundo que en punto á degradacion de la humanidad se ha complacido en inventar cierta escuela moderna, está muy por bajo del cúmulo de crímenes sin nombre en ningun código, de pederastías imposibles, de incestos más que mitológicos que esta mina para el novelista y el pornógrafo nos revela. De mil ochocientos criminales de ambos sexos pasaban los hacinados ordinariamente en aquella infecta caverna, entre los cuales pasó Cervantes los tres últimos meses de 1597 por no poder prestar una fianza: las demas cárceles de la ciudad, llamadas de la Audiencia, Hermandad y Arzobispal, Contratacion y la de la Inquisicion, no estaban vacías.

El cohecho era corriente desde el magistrado al verdugo; por lo cual, aunque la represion era dura, pues por la *Relacion* sabemos que habia «semana de seis y ocho azotados y ahorcados, y en galeras de cincuenta en cincuenta,» como sólo comprendia á los absolutamente desvalidos, ó, como dice el autor, á los que no tienen valedores ni dineros, mal de larga convalecencia en España, resultaba ineficaz é inejemplar, como siempre que se establece la conviccion de que la pena hiere en el que castiga ántes al desdichado que al delincuente. La impresion que la lectura de la *Relacion* deja es que no valian más los jueces que los juzgados. Entre tanta miseria física y moral sólo excita interes un preso morisco que organiza talleres para utilizar los conocimientos de los otros presos que sabian oficio; que se hace traer materiales, como esparto y lana, y monta en la cárcel una fabricacion bastante extensa de los artículos que con tales materias se elaboran.

Á este pobre morisco, en quien seguramente habia madera para un perfecto director de presidio-modelo, se le ve con sentimiento partir á las galeras: oscuro galeote que á fines del siglo XVI planteaba por su propia iniciativa en la cárcel de Sevilla la reforma más trascendental y moralizadora en el sistema penitenciario de que se jacta el siglo presente, su nombre quedará ignorado; y si se conserva memoria de su empresa, fué porque tuvo por compañero en la prision otro hombre tambien superior á su siglo.

Terminaremos esta ligera reseña de lo que contiene el tomo publicado del *Ensayo*, haciendo votos por que tan notable servicio prestado á la ciencia bibliográfica haga prosélitos, despertando el amor á los libros; noble aficion que hace en los hombres el carácter fácil, tolerante, indulgente; que salva de la destruccion tesoros, y que, allanando el camino de las investigaciones, ahorra tanto de ese capital irrecuperable que se llama el tiempo.

JOSE GODOY ALCANTARA.

VARIEDADES.

Antes de salir de París Alejandro Dumas, para dar una conferencia en Lila á beneficio de la Caja de Ahorros de los tipógrafos de esta ciudad, les dirigió la siguiente carta:

«Hijos míos: Vosotros sois las manos con las que he comido durante el período de cuarenta años; natural es que hoy la cabeza socorra á las manos: la primera conferencia se verificará el día 24.—Alejandro Dumas.»

En España no pueden imitarle los autores, porque su suerte es muy precaria, colocados, como por lo comun se hallan, bajo la jurisdiccion de los editores. Tócales á

éstos imitarle; pero imitaciones como ésta no se usan por nuestra tierra, al ménos tratándose de esos tipógrafos que tan eficaces servicios prestan á quienes ni de ellos se acuerdan siquiera.

Oid, oid, oid, que habla *La Correspondencia*:

«El Sr. Don José Gil Dorregaray, gentilhombre de S. M. y editor que fué de las mejores obras que han visto la luz pública en España; ávido siempre de las glorias de su patria, y queriendo contribuir con su óbolo á una empresa en que tan interesado está el honor español, se ha acercado á nuestra Redaccion manifestándonos que está pronto á ceder hasta 60.000 rs. de las publicaciones que tiene en venta para el alivio de los españoles residentes hoy en Chile y el Perú, ó para que dicha cantidad forme la base de una suscripcion nacional que á su juicio debería abrirse para llevar á cabo la construccion de una fragata con que combatir á nuestros enemigos del Pacífico.»

La solucion de este *logogrifo* en el próximo número.

Parece que algunos editores de Barcelona tratan de elevar al Gobierno de S. M. una exposicion quejándose de que se tolere la entrada de un periódico de modas para sastres que se publica en París en idioma español. Y nosotros preguntamos: ¿siguen haciéndose en el Extranjero, contra lo prevenido en disposiciones vigentes, los trabajos tipográficos de la línea férrea del Norte, algo más importantes para nuestra industria y nuestros fueros que ese periódico de modas, que *aunque sea añil poco puede teñir*, por más que reconozcamos el derecho de esos editores y les hagamos desde luego coro?

Tela cortada tenemos con este asuntillo y con el siguiente, tambien sobre impresiones de la via férrea del Mediodía, que un periódico belga, *La Finance*, trata del siguiente modo:

«Sería muy prolijo señalar los abusos de otro género que pesan sobre esa línea. El año pasado señalé á ustedes uno que debió fijar la atencion de los accionistas, y, sin embargo, continúa. Sabido es que los gastos de impresiones absorben cada año una cantidad bastante considerable en el presupuesto de las compañías de los caminos de hierro, y éste es el motivo por qué en los estatutos está mandado que esta clase de gastos se haga con la mayor economía posible y se den por pública su-
basta. Es evidente que si se hubiese seguido este sistema, la compañía hubiera economizado en estos últimos tiempos veinticinco mil duros al año, y ademas mejor servida. Pero no se puede recurrir á ese medio, porque ante todo es necesario complacer á un impresor, que es ademas un antiguo ministro plenipotenciario, gran cruz, senador del Reino, etc., etc. El impresor-senador tiene el monopolio, y la compañía se lo conserva, importándole poco á ésta que los accionistas paguen gastos inútiles.»

Por hoy no diremos más sino que estas Empresas piden auxilios al Gobierno para aliviar su situacion precaria despues de haber arrojado la casa por la ventana, como lo demuestra ese medio milloncello gastado de más anualmente segun el periódico belga, y la módica suma de diez y nueve mil duros que entre sueldo y demas *ad-miniculos*, al decir de otro periódico, ha estado percibiendo cierto director.

¿Por qué, contra la secular costumbre, no cobran ya en metálico sus haberes los operarios de la Imprenta Nacional, y sí en billetes del tan traído y llevado Banco de la española paciencia?

¿Es que ya no cambia el Banco su papel ni aún presentándose esa Dependencia del Gobierno, ó que se cree muy natural que el operario sufra un descuento injusto?

Y sigamos preguntando:

¿Por qué, vigente la Real orden de 1.º de Enero del año 1856 sobre los trabajos que en la Imprenta Nacional deben hacerse, no se imprimen en ella *El Nuevo Nomenclator* ni la vastísima documentacion de *Telégrafos*? ¿Y por qué recientemente se ha retirado á ese mismo Establecimiento la obra titulada *Actas y Córtes de Castilla*, de la que llevaba hechos seis tomos? ¿A qué impresor se le ha encomendado, y por qué? ¿Es que no cumplia el primer Establecimiento tipográfico de la Nacion? ¿Y por qué, más recientemente aún, ha necesitado la Imprenta Nacional el auxilio de otras dos imprentas para la confeccion de los *Presupuestos del Estado*?

A falta de respuesta, nosotros nos contestaremos.

ANUNCIOS.

TINTAS ALEMANAS.

En la Imprenta y Estereotipia de M. RIVADENEYRA, calle del Duque de Osuna, núm. 3, se siguen vendiendo las conocidas tintas alemanas para imprimir, á 6 y 10 reales libra, segun clase.

FUNDICION TIPOGRÁFICA DE DON JUAN AGUADO.

Calle del Cid, 4 (Recoletos).

DEPÓSITO DE MÁQUINAS, PRENSAS,
TINTAS, RODILLOS, BARNICES

Y TODA CLASE DE EFECTOS

PARA IMPRENTA Y ENCUADERNACION.

Este antiguo Establecimiento tiene el más completo surtido de toda clase de caracteres sencillos y de adorno. Las manufacturas son esmeradas y el metal muy fuerte. Hay tipos de griego y hebreo, música de distintos cuerpos, modelos para naipes, viñetas de todas clases, armas de varias naciones, ferro-carriles, barcos y cuanto pueda necesitarse en una imprenta. Para que los impresores, ya sean de Madrid ó de fuera, no tengan que acudir á diferentes partes para surtirse de cuanto necesiten, esta casa tiene siempre en almacen máquinas y prensas de imprimir, cortar, satinar y glasear papel; cartones de lustre y latas de zinc; tintas negras desde 4 á 60 rs. libra; de todos colores á diferentes precios; baños, tubos y todo lo necesario para fundir rodillos. Punturas, ramas, platinas para imponer; cajas, galeras, galerines, cuñas, bruzas, cuadrantes para cortar toda clase de ángulos á los filetes y viñetas. Abecedarios de bronce, ruedas, tronquillos y cuanto pueda necesitar un encuadernador. Los impresores de provincia, que son al mismo tiempo encuadernadores, hallarán en este Establecimiento, y á precios muy módicos, lo que con dificultad encontrarían buscando de una á otra parte.

MADRID 1866.

IMPRENTA DE TOMÁS REY, Director-Editor.
Calle del Limon, núm. 1.